

las mujeres: Raizabel, Zaira, Eddy, Elma, Lucilena, Isbela, Ilis, Norelys, Dilia, Naratseya, Iraís, Geovalis, Ciorah, Ilgora, Nerza, Orgelina, Isona, Dílida, Lijla, Dusty, Silenia, Arelys, Norys, Aracelis [en vez del correcto Araceli, del latín *ara caeli*, altar del cielo]; Thaía, Nery, Nury, Edicta, Imilse, Mariely, Earline, Romavia, Dilcia, Nelgibia, Dalcia, Lisbeys, Velia, Eumelia, Vasita, Yileny, Yinnelly, Eliodigna, Oneira, Evalú, Neyda, Kalinina [en homenaje a Kalinin], Lydis, Yones, Danis, Iride, Auriste, Fronilde, Marfe, Glorimar, Dautma, Yosmar, Jely, Migdalia, Maxula, Democracia, Delmara, Gelyly, Mayra, Naida, Marbelia, Lenis, Rusmar, Noely, Lumen, Malexis, Noris, Hilmir, Roby, Themis, Leyden, Jaxú, Elluz, Cila, Mahuampy, Marly, Lobelia, Heddy, Medyda, Yarisma, Lelhys, Lorgia, Alcaliz, Gudelia, Nakardy, Etilma, Mirly, Leida, Ydacira, Ciria, Clisnida, Mariclén, Félica, Rudy, Alay, Emerenciana, Yesmín, Yotala, Yarema, Hodelvy, Gilbory, Yamileth, Diasné, Iruany, Yelitz, Yaritza, Edinorra, Aiskil, Meyibe, Nilda, Edilma, Erin, Idacira, Neisy, Eilen, Imje, Yoleida, Shaida, Nadiska, Noriwal, Detelmira, Glende, Jaly, Yinedy, Elmise, Luzmilda, Deusin, Liceloh [¿de Lisselotte?], Seneira, Irafelia, Deyla, Norey, Cilena.

Claro que, según es de todos conocido, el campeonato de nombres raros, tanto para varones como para mujeres, se lo lleva Maracaibo. Es posible que algunos de los nombres anotados sean de esa región. Pero una lista que incluyera los nombres maracuchos haría interminable este breve artículo.

Esta actitud de búsqueda de lo inusitado para la onomástica entre nosotros contrasta con la costumbre de países maduros como Inglaterra o Francia, donde los nombres más usados son John, Paul, David, Thomas, Peter, Mary, Ann, Margaret y Joan, entre los ingleses; y los correspondientes Jean, Paul, Pierre, Marie, Anne, Jeanne, entre los franceses.

JAIME TELLO

Caracas.

## EL SENTIMIENTO DE LA SOLEDAD EN HORACIO

El sentimiento de la soledad en Horacio es consecuencia del carácter tanto epicúreo como estoico de sus odas, ya que los filósofos de la *Estoia*, como los discípulos de Epicuro, aconsejaban el retiro de la vida social, con diversas finalidades, matices y grados.

“Vive escondido” se oía decir continuamente a los filósofos epicúreos. Si recomiendan la reunión social, ha de ser con un selecto grupo de amigos y en la intimidad. Posiblemente, siguiendo este mismo criterio, recomendaban el celibato. Los estoicos, a su vez, quizás por influencia de los cínicos, buscaban también el apartamiento de la vida social.

Antes de adentrarnos en el análisis de esta modalidad del carácter horaciano, nos parece conveniente, para mayor comprensión del tema, exponer algunas ideas acerca del significado de la palabra soledad. Acudamos, ante todo, al *Diccionario* de la Real Academia Española:

SOLEDAD. (Del lat. *solitas, solitatis*.) f. Carencia voluntaria o involuntaria de compañía. || 2. Lugar desierto, o tierra no habitada. || 3. Pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de alguna persona o cosa. || 4. Tonada andaluza de carácter melancólico, en compás de tres por ocho. || 5. Copla que se canta con esta música. || 6. Danza que se baila con ella.

Sobre esta orientación que nos brinda el *Diccionario*, podemos analizar lo siguiente: en las diversas acepciones citadas hay un factor común: La idea de separación, de aislamiento, de evasión. La carencia de compañía es la separación, o ausencia de una persona. En un lugar desierto hay distanciamiento de la vida cotidiana, y de la comunidad y comercio con los hombres. El sentimiento melancólico es causado, en este caso concreto, por la ausencia de la persona o cosa querida que se perdió. La tonadilla triste en ritmo de tres octavos que cantan los andaluces, la copla que se mece en esos hilos, y la danza que acompaña con el ritmo corporal a esa música encantada, todas tienen la misma finalidad: expresar el sentimiento de tristeza por la ausencia de algo o alguien que se perdió.

Consideremos, además, que los lingüistas nos dicen que la palabra soledad en lengua castellana coincide casi totalmente en su sentido con la correspondiente portuguesa *saudade*, tan conocida y tan comentada en diversos campos de estudio. Es decir, soledad es la nostalgia, el ansia melancólica por volver a la patria o a lugares queridos. El anhelo de tornar al lado del ser amado que se perdió, “al mismo amor por que lloramos antes” en sentir del poeta. Por otra parte, pensemos que la soledad puede significar, o bien el aislamiento físico, como cuando una persona está en la cárcel o se retira de la vida social por su propia voluntad, o también el psicológico, como si alguien se aísla en su ‘torre de marfil’, aunque su cuerpo discorra entre el bullicio de la vida cotidiana. Puede también interpretarse la soledad como una tendencia habitual y sintomática a vivir lejos del tumulto humano. De ahí el deseo de la gente de retirarse a las casas de campo.

Puede entenderse también la soledad como una especie de ‘estilo’, un desvío de lo ordinario. Veamos cómo se expresa Karl Vossler en su obra *Poesie der Einsamkeit in Spanien*:

Para estas almas de artista, la soledad es el sitio donde pena y gozo se dan cita y se compensan, el sitio donde se aplacan los apremios y angustias de la lucha y queda anulado todo género de emoción inquieta y toda avidez terrenal. Es el atrio que transponemos para entrar en el reino del arte puro. En la soledad nos sacudimos el polvo del ágora, nos despojamos de todo lo falso de esta estorbosa vida del diario quehacer, de todo lo espurio que mancilla y afea la gracia y la dignidad de la criatura<sup>1</sup>.

En suma: la soledad puede tener un sentido físico, psicológico, estético, moral y ascético, según los diversos casos y circunstancias. El hombre con tendencia a la soledad, busca huír de lo vulgar, de lo ridículo, de la ignorancia, de los compromisos sociales y de todas aquellas cosas que hacen enojosa la vida en comunidad. El hombre puede apartarse físicamente de la sociedad para dar solaz a su espíritu fatigado, librarse de los peligros morales, emanciparse de todo lo incómodo de la vida social y purificar su espíritu.

Vamos a estudiar algunos de estos aspectos en las *Odas*<sup>2</sup> horacianas. El poeta de Venusa es una personalidad aristocrática. Su estro poético y el placer de pulsar su lira lo apartan del común de las gentes y lo llevan al bosque retirado donde danzan las Ninfas con los Sátiros. Después de haber enumerado las diversas aficiones y gustos de la gente ordinaria, Horacio le dice a su amigo Mecenas:

Me doctarum hederæ præmia frontium  
dis miscent superis, me gelidum nemus  
Nympharumque leves cum Satyris chori  
secernunt populo, si neque tibus  
Euterpe cohibet nec Polyhymnia  
Lesboum refugit tendere barbiton.  
Quodsi me lyricis vatibus inseres,  
sublimi feriam sidera vertice.

(Od. I, 1, 29-36).

Aparece muy claro en esta estrofa el sentimiento de la soledad. Ese bosque constelado de Ninfas, ese paisaje de belleza suma, es el lugar donde quiere vivir el poeta de Venusa; es el reino de la belleza

<sup>1</sup> *La poesía de la soledad en España*, trad. de Ramón de la Serna y Espina, Buenos Aires, Edit. Losada, 1946, pág. 45.

<sup>2</sup> Para los textos de Horacio tuvimos en cuenta: Q. HORATII FLACCI, *Opera. Ad Iohannis Bond exemplum notis illustrata. Recognovit Augustus Rostagni*. Bibliotheca Philologica Classica, Turin, Chiantore, 1948, VII + 688 págs. Además, *Le opere* di Quinto Orazio Flacco a cura di Tito Colamarino e Domenico Bo, *Classici Latini*, collezione fondata da Augusto Rostagni, diretta da Italo Lana, Turin, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 2ª ed., 1969, 598 págs.

pura, lejos del vulgo. En dulce soledad con su lira, cantará siempre, apartado de cuanto es sórdido. Su frente tocará las estrellas describiendo así una parábola maravillosa.

Al abrir el Libro tercero de las Odas, encontramos, en la portada misma, este pensamiento grabado en caracteres áureos: *Odi profanum vulgus et arceo* (Odio al vulgo profano, y lo rechazo). Este sentimiento horaciano está de acuerdo con lo expresado en la estrofa que acabamos de citar; es una actitud estética y psicológica que lo lleva al alejamiento del pueblo indocto, para vivir en compañía de las Musas, en tranquila soledad escuchando tan sólo las melodías de su lira:

Odi profanum vulgus et arceo:  
favete linguis; carmina non prius  
audita Musarum sacerdos  
virginibus puerisque canto.

(Od. III, 1, 1-4).

Desea estar lejos del populacho y cantar con acentos nunca escuchados, como sacerdote de las Musas. Este sacerdocio no es otra cosa que una soledad, un apartamiento de cuanto es prosaico, y un elevarse para cantar como la alondra que, mientras más se aleja de la tierra, tanto más vierte el caudal de su arte maravilloso, como cantó Shelley en su *Oda a la alondra*.

A primera vista pudiera pensarse que Horacio se aparta del vulgo, para llevar una vida plena de lujo y opulencia, pero ello no es así, como puede advertirse fácilmente al leer estos versos, pertenecientes a la misma oda tercera:

[...]. Somnus agrestium  
lenis virorum non humiles domos  
fastidit umbrosamque ripam,  
non zephyris agitata Tempe.

Desiderantem quod satis est neque  
tumultuosum sollicitat mare,  
nec saevus Arcturi cadentis  
impetus aut orientis Haedi,

(Od. III, 1, 21-28)

Solamente en la humilde choza del campesino se puede conciliar un sueño apacible, o también en la ribera umbrátil, acariciada por el leve céfiro. Quien limite sus deseos a lo estrictamente necesario, nunca se verá turbado por el rugido del mar, o por las tempestades que levanta en el océano el orto de las siete Cabrillas o el ocaso del Boyero:

[...]. Sed Timor et Minae  
scandunt eodem, quo dominus, neque  
decedit aerata triremi et  
post equitem sedet atra Cura.

Quodsi dolentem nec Phrygius lapis  
nec purpurarum sidere clarior  
delenit usus nec Falerna  
vitis Achaemeniumque costum;

cur invidendis postibus et novo  
sublime ritu moliar atrium?  
cur valle permutem Sabina  
divitias operosiores?

(Od. III, 1, 37-48).

El rico propietario va por todas partes agobiado por el temor y las amenazas; la negra angustia viaja a bordo del trirreme, cargado de riquezas y enchapado en bronce. Ya que mi alma enferma no puede curarse ni con el mármol de Frigia, ni con la púrpura más fulgente que los astros, ni con los perfumes persas, ni con el vino de Falerna, ¿para qué construir un atrio de lujosas puertas, causa de tantas envidias? No cambiaré mi apacible retiro de Sabina por todas las riquezas del mundo.

De estos apartes puede colegirse fácilmente que el sentimiento de la soledad lleva al hombre a buscar el encanto de la vida campestre. Horacio invita a su amigo Tíndaro a compartir el retiro apacible en la dulce soledad del valle de Sabina.

Con pincel virgiliano pinta Horacio el valle delicioso en que está enclavada su casa de campo, protegida de los vientos por el encantador Monlibetri, y recreada por las suaves pendientes de Ústica. Las cabrillas se apartan de los senderos, para buscar en el secreto de los bosques el tomillo bienoliente; del fondo del valle asciende la voz flébil de la zampoña, que parece hacer dúo con la invitación del poeta venusino a su amigo Tíndaro: ven, amigo, a recoger conmigo los frutos que la Abundancia dejó caer de su cuerno generoso; ven a este rincón apacible a buscar la fresca sombra en el ardor de la Canícula; ven a cantar acompañado por la lira de suaves acentos. Aquí te verás libre de los odios, de las rivalidades y de las discordias que perturban el ánimo y aquí beberás conmigo, a la sombra de los álamos, el dulcísimo licor de Lesbos, saludable para todos:

Velox amoenum saepe Lucretilem  
mutat Lycao Faunus et igneam  
defendit aestatem capellis  
usque meis pluviosque ventos.

Impune tutum per nemus arbutos  
 quarunt latentes et thyma deviae  
 olentis uxores mariti,  
 nec virides metuunt colubras

nec martiales haediliae lupos,  
 utcumque dulci, Tyndari, fistula  
 valles et Usticae cubantis  
 levia personuere saxa.

Di me tuentur, dis pietas mea  
 et Musa cordi est. Hinc tibi copia  
 manabit ad plenum benigno  
 ruris honorum opulenta cornu.

Hic in reducta valle caniculae  
 vitabis aestus, et fide Teia  
 dices laborantes in uno  
 Penelopen vitreamque Circen;

hic innocentis pocula Lesbii  
 duces sub umbra, nec Semeleius  
 cum Marte confundet Thyoneus  
 proelia, nec metues protervum

(Od. I, xvii, 1-24).

En el curso de estas ideas que venimos comentando acerca de los poemas horacianos, particularmente en lo relacionado con el sentimiento de la soledad, sería imposible prescindir del epodo segundo, conocido como el *Beatus ille* ("Feliz aquel [...]"), algunas de cuyas estrofas vamos a transcribir posteriormente.

La primera impresión que deja su lectura es la de sorpresa, porque, al terminar el poeta el templado elogio de la soledad del campo, pone en labios del usurero Alfio el encomio más sentido de la vida del campo. El lector puede preguntarse si este poema es una sátira, o es en verdad un elogio de la vida en las soledades del campo. Para dar una respuesta acertada, es necesario apelar a un hecho psicológico de frecuente ocurrencia en la creación artística, y es la motivación que surge de lo más profundo del mundo subconsciente del escritor. Tal es, a nuestro parecer, el caso de Horacio en la elaboración de este poema tan conocido y citado en la literatura latina.

Examinando con espíritu analítico estas estrofas horacianas, no cabe la menor duda acerca de su intención satírica, del *iocum movere*, como él mismo escribió; pero el deseo inconsciente de soledad, de retiro del tráfago mundano y de la opulencia, le hace entonar el más bello canto que se haya hecho en elogio de la vida retirada.

El anhelo incesante de refugiarse en su apacible retiro de Tíbur, lejos de los pórticos dorados y de los artificiosos artesanados de los palacios de Roma, le hace pintar el paisaje de firmes rasgos y coloridos tenues, envuelto en una atmósfera de serenidad clásica. Nos hace escuchar el mugido de los bueyes que sube del fondo del valle, nos comunica la sensación exquisita de la miel que se acendra en las ánforas, y nos lleva a la contemplación del Otoño que asoma su cabeza cargada de frutos, tan dulces como el almíbar de las peras y de los purpúreos racimos de la vid, productos de esa tierra generosa de "leche y miel".

En suma: lo que más anhelaba Horacio en medio de la opulenta y bulliciosa vida romana, es decir, su ansia de soledad, se vierte en los versos de estrofas primorosamente cinceladas, cuando pretendía escribir una sátira.

Transcribamos, a guisa de confirmación, algunas de las estrofas de tan mentado poema:

« Beatus ille qui procul negotiis,  
 ut prisca gens mortalium,  
 paterna rura bobus exercet suis,  
 solutus omni faenore,

neque excitatur classico miles truci,  
 neque horret iratum mare,  
 forumque vitat et superba civium  
 potentiorum limina.

Ergo aut adulta vitium propagine  
 altas maritat populos,  
 aut in reducta valle mugientium  
 prospectat errantes greges,

inutilesque falce ramos amputans  
 feliciores inserit,  
 aut pressa puris mella condit amphoris,  
 aut tondet infirmas oves;

vel cum decorum miibus pomis caput  
 Autumnus agris extulit,  
 ut gaudet insitiva decerpens pira  
 certantem et uvam purpuræ,

qua muneretur te, Priape, et te, pater  
 Silvane, tutor finium.  
 Libet iacere modo sub antiqua ilice,  
 modo in tenaci gramine:

labuntur altis interim ripis aquae,  
 queruntur in silvis aves,  
 fontesque lymphis obstrepunt manantibus,  
 somnos quod invitet leves.

(Epod. II, 1-28).

Y en medio de esta visión de paz concluye Horacio:

Has inter epulas ut iuvat pastas oves  
 videre properantes domum,  
 videre fessos vomerem inversum boves  
 collo trahentes languido,

positosque vernas, ditis examen domus,  
 circum residentes Lares ».

(Epod. II, 61-66).

En estas últimas estrofas se describe un cuadro de arrobadora belleza: reclinado en el muelle césped, a la sombra de añosa encina, acariciado por el rumor de las frondas y el canto de las aves, se deleita con el lento discurrir de las aguas, que invitan a un apacible sueño.

En la literatura ibérica se encuentran muchas imitaciones de este famoso epodo; es suficiente mencionar algunas de ellas:

En la égloga XIV el poeta lusitano Luis de Camões exclama:

Ditoso aquelle que co'o ferro antigo  
 Lavra os campos do pai, et se contenta,  
 Nos seus mólinos atando o louro trigo.

El dulcísimo Garcilaso de la Vega nos hace oír la delicada voz de su zampoña en estos versos inmortales:

¡Cuán bienaventurado  
 aquel puede llamarse  
 que con la dulce soledad se abraza,  
 y vive descuidado  
 y lejos de empacharse  
 en lo que al alma impide y embaraza!  
 No ve la llena plaza,  
 ni la soberbia puerta  
 de los grandes señores,  
 ni los aduladores,  
 a quien el hambre del favor despierta;



no le será forzoso  
rogar, fingir, temer y estar quejoso.

A la sombra holgando  
de un alto pino o roble,  
o de alguna robusta y verde encina,  
el ganado contando  
de su manada pobre,  
que por la verde selva se avicina,  
plata cendrada y fina,  
oro luciente y puro,  
bajo y vil le parece,  
y tanto le aborrece,  
que aún no piensa que de ello está seguro  
y como está en su seso,  
rehuye la cerviz del grave peso.

Convida a dulce sueño  
aquel manso rúido  
del agua que la clara fuente envía,  
y las aves sin dueño  
con canto no aprendido  
hinchén el aire de dulce armonía;  
háceles compañía,  
en la sombra volando,  
y entre varios olores,  
gustando tiernas flores,  
la solícita abeja susurrando,  
los árboles y el viento  
al sueño ayudan con su movimiento.

(Égloga II, 1-39).

Del Maestro Fray Luis de León, que de tan cerca siguió la forma horaciana, podemos citar dos poemas con el mismo tema.

Uno más estrechamente ceñido al texto del Epodo Segundo; otro en que las velas de la inspiración del docto humanista se hinchén con soplo de mayor libertad. Ejemplifiquemos con algunos apartes:

#### SILVA RÚSTICA A LA VIDA DEL CAMPO

¡Oh, cuán dichoso estado  
Y cuán dulces riquezas  
Son las que el labrador rústico tiene!  
Pues vive descuidado  
Sin miedo de tristezas,  
Y el alma en dulce soledad mantiene.

.....

El brocado precioso,  
 Las perlas orientales,  
 Los tesoros reales,  
 Los topacios y sedas tiene en poco,  
 Gozando de aquel prado  
 De varias flores rico y esmaltado.

Contempla el raso cielo  
 Tendido entre las flores  
 De diversos colores,  
 Susurrando la abeja por entre ellas  
 Y a ratos recostado  
 Debajo un árbol verde y acopado.

Las aguas plateadas  
 Que salen murmurando  
 De entre las duras peñas cavernosas,  
 Haciendo mil entradas,  
 Mil vueltas rodeando,  
 Por manos de natura artificiosas;

Las rosas olorosas  
 Y los cantos sūaves  
 Que despiden las aves  
 Cantando sus pasiones amorosas,  
 Le dan tal alegría,  
 Que no siente trabajo noche y día.

Comparando los dos textos cuidadosamente, se ve la fidelidad de la versión.

La tan conocida oda a la vida del campo del maestro salmantino apareció primeramente sin título alguno; posteriormente se ha denominado, según Antolín Marino, "Vida retirada"; según otros, "Vida solitaria", y no faltan quienes la intitulen "Oda a la vida del campo".

Transcribamos algunas estrofas:

¡Qué descansada vida  
 La del que huye del mundanal rúido  
 Y sigue la escondida  
 Senda por donde han ido  
 Los pocos sabios que en el mundo han sido!  
 ¡Oh monte, oh campo, oh río,  
 Oh secreto seguro, deleitoso!  
 Roto caso el navío  
 A vuestro almo reposo,  
 Huyo de aqueste mar tempestüoso.

Del monte en la ladera  
 Por mi mano plantado tengo un huerto  
 Que con la primavera  
 De bella flor cubierto,  
 Ya muestra en esperanza el fruto cierto.  
 Y como codiciosa  
 De ver y acrecentar su hermosura,  
 Desde la cumbre síresa  
 Una fontana pura  
 Hasta llegar corriendo se apresura.  
 Y luego, sosegada,  
 El paso entre los árboles torciendo  
 El suelo de pasada  
 De verdura vistiendo  
 Y con diversas flores va esparciendo.  
 El aire el huerto orea  
 Y ofrece mil olores al sentido,  
 Los árboles menea  
 Con un manso rúido  
 Que del oro y del cetro pone olvido.  
 Y mientras miserable  
 Mente se están los otros abrazando  
 En sed insaciable  
 Del no durable mando,  
 Tendido ya a la sombra esté cantando:  
 A la sombra tendido,  
 De hiedra y lauro eterno coronado,  
 Puesto el atento oído  
 Al son dulce, acordado,  
 Del plectro sabiamente meneado.

Entre las interpretaciones de la oda horaciana que venimos estudiando es también famosa aquella estrofa de don Lupericio Leonardo de Argensola:

Dichoso el que, apartado  
 De negocios, imita  
 A la primera gente de la tierra,  
 Y en el campo heredado  
 De su padre, ejercita  
 Sus bueyes, y la usura no le encierra.

El coloso Lope de Vega en sus "Pastores de Belén" nos hace recordar también el poema de Horacio:

¡Cuán bienaventurado  
 Aquel pueda llamarse justamente,  
 Que sin tener cuidado  
 De la malicia y lengua de la gente  
 A la virtud contraria,  
 La suya pasa en vida solitaria!

En su famosa obra "Los Tellos de Meneses" el mismo Lope pone en boca de uno de sus personajes, amigo de la soledad rústica:

¡Cuán bienaventurado  
Puede llamarse el hombre  
Que con obscuro nombre  
Vive en su casa honrado  
De su familia [...].

Finalmente, no quedaría completo este esbozo si no hiciéramos mención de la "Epístola moral a Fabio". En sus estrofas, hondas como las de Manrique, se puede escanciar ese licor seco del sentimiento del retiro:

Fabio, las esperanzas cortesanas  
Prisiones son do el ambicioso muere  
Y donde al más astuto nacen canas.  
.....  
Más triunfos, más coronas dio al prudente  
*Que supo retirarse*, la fortuna,  
Que al que esperó obstinada y locamente.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,  
Como en la obscura noche del Egeo  
Busca el piloto el eminente faro,  
Que si acortas y ciñes tu deseo  
Dirás: "Lo que desprecio he conseguido;  
Que la opinión vulgar es devaneo".

Más precia el ruiseñor su pobre nido  
De pluma y leves pajas, más sus quejas  
En el bosque repuesto y escondido,  
Que halagar lisonjero las orejas  
De algún príncipe insigne, aprisionado  
En el metal de las doradas rejas.

Podemos rastrear también la influencia del Epodo horaciano en la Epístola dirigida por don Diego Hurtado de Mendoza al poeta Boscán de Almogáver:

Hacia el final leemos:

Remede quien quisiere las ideas  
De los grandes que el mundo gobernaron,  
Cuyas obras quizá están olvidadas.

Desvélnense en lo que ellos no alcanzaron,  
Duerma descolorido sobre el oro,  
Que no les quedará más que llevaron.

Yo, Boscán, no procuro otro tesoro  
Sino poder vivir medianamente;  
Ni escondo la riqueza ni la adoro.

Pero volvamos al poeta de Venusa. El año 41 p. C. se vio agitado el imperio romano por un nuevo brote de contiendas civiles, que habían sido tan funestas en épocas anteriores. Con esta ocasión, Horacio dirige a los romanos el Epodo XVI. Ante los males y los peligros, como remedio radical, ofrece el poeta el *retiro* a las Islas Afortunadas. Parece que así llamaban los antiguos a las Islas Canarias. Creían que allí se encontraban los Campos Elíseos. Allí reinaba la *Aurea aetas* cantada por Virgilio y por Ovidio. En ese paraíso se encuentra el olvido de todas las tribulaciones.

Para el observador superficial esto no es sino un recurso mitológico, o si se quiere religioso, o simplemente poético. Ahondando en el análisis, nos parece que lo que Horacio aconseja a sus compatriotas, el retiro a una suerte de "Arcadia Felix", es un profundo anhelo del hombre. Es una evasión psicológica. El alma, acosada por los peligros y las miserias de la vida, se refugia muchas veces en las estrofas de un poema, o en la vida maravillosa de una novela. El hombre, atribulado por la necesidad, turbado por las angustias y la inseguridad del porvenir, busca un lugar ideal, atemporal, donde no haya dificultades, donde la primavera sea perpetua, donde la muerte no dé golpes con sus alas negras: la edad de oro que el Hidalgo manchego elogió con el puñado de bellotas, ante los cabreros presos de admiración:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornocques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían.

MIGUEL BERNAL RUIZ

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja.